

Alsino, triunfador por dos veces de los senderos, cae prisionero, enceguece y es entonces, más que nunca, cuando filosofa: «Mi razón—dice.—ahora insatisfecha, es el cotidiano alimento de mi inquietud».

«La verdad no se compone de hojarascas de palabras, de nombres de pensamientos, de razones insaciadas.»

«Saber no es poder probar a otros, ni aun a sí mismo. Saber es convivir. Entonces se está mudo y temblorosamente cierto».

«Déjame ¡oh! Dios mío! alabar la limitada razón que tú me has dado, porque lo cercano de tus estrechos límites es lo que la hace dudar más pronto de sí misma; y donde ella duda, un sendero nace: un sendero que va, serpenteando en tu busca».

(p. 287).

«Hecho a vuestra semejanza, perdóname, Señor, si yo también sentí el ansia de estar en toda cosa!» (p. 288).

Escribí filosofía; pero más exactamente debí decir: sabiduría. ¿No es el Kempis quien expresa por ahí: «Bienaventurado aquel, a quien la verdad por sí misma enseña, no por medio de figuras y palabras, sino tal cual ella es?»

Bienaventurado, pues, el que sabe que «la verdad no se compone de sombras de pensamientos.»

Alsino enloquece y ciego emprende su vuelo postrero hacia las siderales regiones. Sube, sube. Hasta que el aire enrarecido no le permite ascender más. Pliega las alas y atraído por la gravitación cae. Su organismo se atomiza por el roce. No queda nada de él. Sólo una nubecilla de corpúsculos grises. Desde entonces Alsino está un poco con cada uno de nosotros, y nos hace soñar en el siempre *¡atrayente!* deporte de elevarnos, sobre las duras aristas de las cosas y de las realidades. Desde la muerte de Alsino nuestra alma se hizo «vagabunda» y va en peregrinación en busca de ese algo siempre indeterminado e impreciso que se llama ideal.—N O R B E R T O P I N I L L A.

## LA SOCIOLOGIA Y SU IMPORTANCIA HUMANISTICA

### 1. *Idea vulgar de la Sociología.*

**C**REER, como sucede hoy aun entre personas de cierta ilustración, que la Sociología no es más que el estudio de las fuerzas sociales beligerantes que se disputan la exclusividad

del comando de cada pueblo, es un inexcusable error, que conviene señalar con energía precisamente para abrir mejores perspectivas de fórmulas sociales a los ideólogos y políticos apasionados en esa lucha. Por lo general las características de las luchas de clases en cada época y los planes y acción de los partidos no son más que las afloraciones visibles de ocultos procesos sociológicos con sus fuentes en el campo moral, económico, psíquico, histórico o geográfico y que vinieron acumulándose a lo largo del tiempo.

La Sociología parece, pues, una cuestión contemporánea, una disciplina última aparecida para imponer un orden científico y una racionalización en la contienda social de ahora. El joven intelectual y el ciudadano que realiza su apresurado periodismo de ideas nuevas han consumado este bautismo de vitrina, este encintaje «vient de parâitre» de la ciencia social.

Conocer el caso ruso o el evento italiano o la mímica alemana y seguir por la línea socialista explorando hacia izquierda y derecha, por más sabiamente que esto se haga, siempre será agitar solamente la piel de la ciencia sociológica. Porque la Sociología en su más genuina realidad es hasta una confrontación de valores morales en lo profundo del alma humana. Pero prácticamente sólo la llamamos Sociología cuando esos valores se refractan y relativizan al penetrar en el medio ambiente de las relaciones colectivas.

El joven intelectual que aprendió a leer durante la guerra y después a pensar durante la extraña música de su eco, ha perdido muchas perspectivas. La vida más allá del 14 le es un mundo nebuloso, le es un oriente sobre una escena inmediata. Sólo así es posible que crea que la guerra es la fuente de todos los *ismos* posteriores y que ha tenido más importancia para transformar el espíritu del hombre que la Revolución, por ejemplo, desde el «El Contrato Social» hasta el 18 Brumario. Entre el augurio de Goethe después de Valmy y los catorce puntos de Wilson hay una enorme distancia. Las palabras de Goethe equivalen a la apertura de una cuenta nueva para la humanidad y las bases de Wilson no son más que la liquidación de viejos y sucios negocios humanos.

La Gran Revolución produce al ciudadano, la Gran Guerra consagra al proletario: moralmente, metafísicamente el hombre es superior al individuo, la persona al ejemplar. Pero es que degenerada la persona tiene que triunfar el grupo, y a esta victoria asistimos desde 1918.

En esencia, pues, las posibilidades sociales que facilitó la guerra son la consecuencia de la degeneración del hombre pro-

ducida por el mercantilismo contemporáneo. Esta es la perspectiva hacia más allá del 14 que los jóvenes intelectuales (no los intelectuales jóvenes) deben tener presente.

Digamos todavía que la verdadera revolución social se hizo en la segunda mitad del siglo pasado y que a partir de 1918 sólo hemos asistido a las incidencias de su aplicación. En ese largo decreto sociológico en favor de las izquierdas los considerandos tienen más valor que la resolución, el siglo XIX que el XX.

El acontecimiento de la lucha de clases y su consecuencia doctrinaria en la formación y existencia de los diversos partidos no es, pues, más que uno de los numerosos fenómenos sociológicos. Aun más, la controversia entre derechas e izquierdas no ha sido siempre la expresión de toda lucha de clases. Hay diversos tipos de lucha de clases y la presente del mundo occidental es una lucha de clases de tipo económico y con forma política, de modo que lo que ahora tanto nos apasiona no es dentro de la Sociología más que un sector claramente diferenciado de los demás.

## *2. Croquis del campo sociológico.*

La materia Sociológica es muy amplia y compleja. Si aceptamos la tesis de los que creen que la Sociología es una sistematización filosófica de las diversas ciencias sociales, el sociólogo se verá obligado a penetrar en cada una de estas ciencias y a ampliar así en forma indefinida su campo de investigaciones. Porque de otra manera no será posible establecer y fundamentar acertados principios generales y leyes básicas de la ciencia social. Una oposición entre dos o más ciencias subsidiarias desbarataría la obra de tales sociólogos y sería la negación misma de esta Sociología.

Si creemos con muchos que el campo de la Sociología sólo está en el estudio de las instituciones o formas estratificadas de todos los procesos sociales reducirá su esfuerzo simplemente al estudio de los resultados y no a lo que es más importante, al examen en la gestación y evolución de los fenómenos. Las ciencias económica, jurídica, psicológica, histórica, antropológica, etc., estudiadas sin criterio sociológico, es decir, integralista, pueden formularse objetivos particulares que no valgan como fuentes para una verdadera Sociología.

Es posible que el desconcierto que se nota entre los clásicos de la ciencia social respecto del campo y objeto de ésta se deba a que han tomado prestado de los especialistas en cada una de las ciencias particulares, y, por supuesto, ya hechos, sus ele-

mentos de investigación. El exclusivamente economista como el exclusivamente jurista o antropólogo, etc., no puede dar más que la imagen de su reducido mundo, más limitado mientras más especialista es. De donde resultaría que el sociólogo querría llegar a una su Summa sociológica, operando con cantidades heterogéneas.

El gran débil de la ciencia social está todavía ahí, en creer que la sociedad, su permanencia y su evolución pueden explicarse y legislarse exclusivamente o con la medida económica o con la biológica o con la antro-po-geográfica, etc. Y es doloroso pensar que hay todavía sociólogos que colocan en el centro de todos los fenómenos sociales la lucha de razas. Son errores de falta de perspectivas, errores cavernarios.

Para el verdadero sociólogo cada una de esas disciplinas no debe valer como contenido de una ciencia ya independiente y definida sino como campo de investigación empírica. No deberá, pues, ver una *ciencia* económica, biológica o geográfica, sino el *sector* económico, biológico o geográfico de los fenómenos sociales. Porque de otro modo la Sociología se reduciría a una simple construcción lógica y no sería la ciencia realista que debe ser.

Dando contenido preciso a ese criterio podemos adelantar en breves palabras, haciendo aquí un paréntesis, que toda la Sociología no está compuesta más que de tres grandes capítulos: fenómenos, fuerzas (revolucionarias y conservadoras) e instituciones, debiéndose advertir que las fuerzas conservadoras no deben confundirse con esa estática social de Ward y de Comte, a la que corresponden más bien las instituciones. Claro es que al hacer el estudio científico de las fuerzas hay que hacer el examen de los diversos fenómenos sociales en su origen, su activismo y su desaparición, y seguir también descriptivamente la parábola de las instituciones.

El espíritu social mientras más complejo es, más busca las formas arquitectónicas físicas para hacerse tangible y para manejarlas en seguida como instrumentos de sus designios. Así surgen y viven el Estado, la Iglesia y las demás arquitecturas sociales menores.

Conviene, pues, denunciar ante cierta juventud intelectual y estudiosa aquella reducida concepción de la Sociología que expliqué al principio. Corta ella por un lado el panorama histórico que es el más rico laboratorio natural de experimentación; por otro lado, como hemos visto, reduce la importancia de la Sociología haciéndola una polémica político-literaria, pues no

logra descubrir tal concepción sus fuentes científicas ni bordea siquiera el método característico de toda ciencia experimental.

Es importante hacer ver que, de una parte, la forma como las derechas militantes, (gobiernos, partidos, asociaciones diversas) se defienden de las embestidas de las izquierdas revolucionarias, denota un deficiente conocimiento de las realidades sociológicas; y de otra parte que el fanatismo izquierdista por esa misma razón quiere ser el único depositario de las fórmulas de la felicidad humana. Ambas tendencias combaten sobre la blanda superficie de la tierra y no llevan su furor hacia lo hondo y oculto donde están las raíces de todos los fenómenos y las realidades sociales.

### 3. *Sociología e historia.*

Hasta hoy la historia fué la principal de las ciencias culturales y por esto la ciencia humanística por excelencia. No quiero aventurarme a predecir las incidencias de su porvenir, pero afirmo que su importancia dependerá de su aproximación a la Sociología.

El mismo problema de cantidad espacial, de trazo de límites definidos que sufre la Sociología clásica se encuentra en la historia. Comúnmente basta para el concepto de historia la descripción del proceso político y guerrero de las naciones, distrayéndose sólo alguna atención para el examen de los hechos culturales puros. Como esa historia oficial no comprende la historia de todas las grandes corrientes de actividad humana hay entonces que escribir una historia del arte, otra de las religiones, otra de las ciencias y otras muchas historias según la minuciosidad con que se quiera estudiar una época o un pueblo. Sólo cuando se habla genéricamente de la historia de una civilización se entiende un concepto integral de la historia, aunque la realidad burle el concepto.

Ese mismo fenómeno es el que no ven los tratadistas de la Sociología cuando la creen la suma de las diversas ciencias particulares.

O la historia vuelve a ser un género literario que concede una enorme importancia a la estética de la narración o, inclinándose en definitiva a las formas científicas, se hace una Sociología cronológica. La historia que se sitúa en una posición intermedia no cumple hoy día ninguna brillante función. En cambio siendo obra literaria puede ser a la vez un reservorio de material sociológico porque para que adquiera su expresión y composición un tono de belleza no necesita falsear u omitir la verdad. Y ha-

ciéndose científica, crítica, instrumento para el conocimiento de la causalidad social, es ya una Sociología, una Sociología cronológica.

Seguramente la historia no querrá ser una rama de la Sociología y preferirá entonces purificarse y definirse como arte literaria. De un modo o de otro la aceptamos. En la Sociología o en el Arte puede encontrar su salvación.

Una historia científica no sólo por su método sino por su contenido tiene que ser una exposición lógica y natural de los procesos después de haber descubierto su intensidad.

El héroe es como el azar y el azar es como la creación, pero no se tergiversa la esencia de la historia sociológica al aceptar tales contingencias. Por el contrario ellas señalan la distancia que va de una ciencia cultural a una ciencia natural. Sólo por el azar se tiene una concepción específica de la historia y de la Sociología. De otra manera por su mecanicismo absoluto se harían incaptables a nuestra inteligencia, puesto que nuestra inteligencia es metafísicamente la historia misma, siendo a la vez objeto y agente de su decurso.

Ahora, la labor de determinar hasta qué punto el gran personaje histórico es una libre actitud del espíritu o es un resultado de operaciones sociales inevitables pertenece al esfuerzo sociológico.

La Sociología tiene por campo el presente y el porvenir tanto como el pasado. Su intento metafísico es señalarnos el ritmo eterno del desenvolvimiento social, el trabajo histórico de la multitud de fuerzas que operan en la vida colectiva. Esta parte intensa y esencial de la Sociología es historia pura, sustancialmente objeto del acontecer universal. De dos ciencias unidas en su base por una misma necesidad metafísica y con objetivos sólo cuantitativa y exteriormente distintos, tendrá que imponerse la que ofrezca posibilidades más amplias y resultados más seguros: la Sociología desde la segunda mitad del siglo pasado viene sucediendo a la Filosofía de la historia, viene tratando y resolviendo directamente los problemas que una historia realmente científica habría podido explicar.

La superación de la historia corriente fué la Filosofía de la historia. En esta etapa la ciencia histórica se estereotipó demasiado pronto en la forma de dos o tres escuelas que quisieron ser definitivas y que a la postre sólo consiguieron adquirir la forma solemne y rígida de lo clásico. ¡Injusta suerte de la Filosofía de la historia! Se perdió en sutilezas románticas y no hubo después ninguna inteligencia genial que hiciera posible supervivencia con un poco de positivismo, con un breve desvío hacia el natu-

ralismo de los fenómenos humanos. Correspondió a Comte ser el puente entre una ciencia filosófica desprestigiada y agónica por sus propias vanidades y otra ciencia filosófica que se entregaba al examen de la naturaleza social tan directamente como el explorador al país desconocido.

Pero la filosofía de la historia habría de querer mucho tiempo después una resurrección en Oswald Spengler. El pensador genial que le faltó en aquella época llega ahora, no tanto para recomenzar perspectivas antiguas sino más bien para ofrecer al espíritu nuevas posibilidades metafísicas. Porque Spengler fuera de su exaltación estética, que en sí misma es un valor supremo en su obra, vale más por lo que sugiere y agita que por las seguridades de lo que establece.

Y es importante señalar que Spengler que allá por 1840 a 1850 habría reafirmado el elevado concepto que, gracias a Hegel, logró tener la Filosofía de la historia, resultó clasificado como sociólogo por la mayoría de sus comentadores. Era, pues, demasiado tarde: el mercado filosófico estaba invadido por una nueva disciplina que a pesar de las grandes fallas de sus cultivadores dejaba adivinar que perseguía el mismo fin con mayor precisión, con mejores métodos y actuando sobre un campo espacialmente más vasto (1). Augusto Comte es el paso inicial de tal tránsito. Todavía Comte, como Juan Bautista Vico y como Hegel, intentó el gran balance clasificador desde los tiempos primitivos. No en balde, pues, hasta hace poco se ha podido escribir como el profesor Mehlis una «Filosofía de la historia de A. Comte».

El debilitamiento del sentido heroico de la historia permitió que muchas de las realidades sociales que pudieron ser explicadas históricamente pasaron a ser objeto de tratamientos sociológicos. Este fenómeno producía a la vez una consecuencia muy natural: la de que la Sociología adquiriese una flexibilidad suficiente para encarar fuera de sus rigidices científicas y por el lado cronológico muchos de los acontecimientos decisivos para las nuevas formas de la socialidad. ¿Qué de novedoso habría, pues, en que se pueda considerar ahora a la historia corriente, ya definida por Rickert una ciencia cultural empírica, como una parte ampliatoria de la Sociología? Si los fenómenos puramente históricos son un material sociológico, la Sociología se habrá en-

---

(1) Hay una aparente contradicción entre lo que aquí digo y lo que aparece en la página 165 de mi libro «Ideas para una concepción histórica de la Filosofía». En realidad la Filosofía de la historia ofrece mayor amplitud metafísica haciéndose por esto más grandes sus proyecciones en el tiempo.

riquecido notablemente. Por el espíritu que le infundirá la historia, una ciencia para muchos naturalística puede transformarse en una ciencia finalista y de valoraciones inmediatamente metafísicas.

Sobre todo la historia interna por su esencia está más próxima a la Sociología. Los problemas de la cultura cuando se hacen sentimiento colectivo expresado en las naciones, en las razas en las grandes colectividades, son esencialmente problemas sociológicos; pero los problemas de la cultura personalizados en el hombre individual escapan ya de los límites de la Sociología.

La mayor parte de los sociólogos y tratadistas ha descuidado esa cierta sustancialidad histórica de su ciencia, esa visible trascendencia metafísica de muchos de sus problemas. Por eso la Sociología no ha logrado aún ninguna influencia espiritual en la cultura moderna ni ha podido convertirse en la ciencia más autorizada para el conocimiento de la humanidad. Por eso tampoco la Sociología pudo imponerse con éxito a cada una de las que se consideran sus ciencias contribuyentes; hasta fué considerada como una inútil invención destinándosela nada más que a ser un elemental punto de enlace de las diversas disciplinas sociales, sin misión propia determinada.

Finalmente lo que ha originado esa aparente oposición entre Sociología e historia es la generalizada idea de que la historia sólo tiene por objeto el suceso particular. Cuando Rickert dilucida sobre la utilidad de la psicología para la historia plantea equivocadamente su problema (1). Es imposible que pueda de buena fe para exaltar la autonomía de la ciencia histórica no referirse a esa rama de la psicología que es precisamente el puente de unión con la historia: la psicología colectiva. Rickert confronta solamente la ciencia psicológica individual, por donde no es posible señalarla como base de la historia aunque concluya en leyes generales del movimiento del alma humana. Será eso porque Rickert tiene demasiado presente el sentido heroico de la historia frente al cual las transformaciones lentas y sordas de la vida de la humanidad no tienen importancia o no pertenecen al campo histórico. Es claro que un sentido heroico de la historia trae como consecuencia natural una definición equivalente: la historia es una disciplina particularista y, por lo tanto, únicamente descriptiva.

No debemos, pues, olvidar que un remozamiento en el contenido espiritual de la Sociología tiene que producirse sólo cuando ella quiera explicar la historia y quiera guardar en sus arca-

---

(1) «Ciencia natural y ciencia cultural,» por Enrique Rickert.

nos psicológicos los misteriosos resortes de la aparición de los hombres providenciales que hacen creer en los acontecimientos carlylianos.

Así, mediante una renovación de la Sociología será indiscutible en el futuro que la historia no sea más que una de sus ramas.

#### *4. Valor humanístico de la Sociología.*

Un afamado sociólogo concede a la Sociología tales caracteres de complejidad y generalización que no podría quedar colocada sino entre las investigaciones post-universitarias. La multiplicidad de conocimientos que requieren las síntesis sociológicas, el vasto campo de sus investigaciones, sus características de ciencia en lenta formación y las condiciones personales de observador y cultura general del que la cultive, son en realidad argumentos bastantes fuertes para que un currículum confeccionado dentro de rigurosos principios pedagógicos quiera anteponer la Sociología a las demás ciencias de objetividad precisa antiguas o ya plenamente desarrolladas. No podrá, por ejemplo, anteponerse a los estudios históricos, económicos, geográficos, etnográficos y tal vez hasta jurídicos, pero no se la deberá excluir en ningún caso de la enseñanza oficial universitaria.

Por otro lado no en vano lleva la Sociología medio siglo de crecimiento formal y de edificación y especificación de sus contenidos. Aclaradas sus condiciones primordiales, su objeto y su método, por más que el racionalismo errátil de multitud de sociólogos ande todavía a salto de mata en pos de una definición, puede ya considerársela una ciencia cuyo estudio es indispensable al hombre de cultura general y de posición dirigente en todo pueblo civilizado.

No es necesario que una ciencia tenga sus contornos ya claramente definidos, para que se le conceda la patente de libre circulación y se la incluya en los currículums de la enseñanza oficial. Por el contrario, su difusión como materia de enseñanza puede contribuir a su amplitud y progreso.

Además, en nuestra época ningún medio más propicio para el enriquecimiento y avance de una ciencia cultural que el ambiente universitario, donde existe la colaboración de todas las inteligencias y donde se reflejan inevitablemente las inquietudes del mundo. La universidad moderna es, pues, el medio propicio y sensible a todos los intereses de la ciencia y la cultura.

La universidad latinoamericana, necesariamente todavía

desanalfabetizadora o cultural como sólo la quiere Ortega y Gasset, a la universidad española, ofrece un ambiente magnífico para los estudios sociológicos. Amplio campo la América latina, casi inexplorado en materia de razas, lenguas, costumbres, psicologías, aspiraciones e ideales, encontraría en la difusión de tales estudios, la forma o el camino de su propio conocimiento científico.

Nadie ha intentado todavía seriamente en nuestros países rehacer el recorrido de la historia para edificar sobre sus datos y sobre los nuevos hechos descubiertos una concepción sociológica de nuestro continente, que sea la base racional y técnica de las orientaciones políticas y de las esperanzas culturales. Pero sí estamos siempre prestos a vivir y alentar una paradoja más: que siendo nuestra literatura sólo en mínima parte expresiva de nuestra propia vida se quiere conocer y en realidad se conoce a nuestro continente a través de los literatos, y de literatos glosadores, cronistas o fotógrafos aéreos.

Por carencia de población y de fuerzas particulares prepotentes todo en nuestros pueblos, principalmente en los de la América tropical, es problema político y todo gira alrededor de las actividades del gobierno. Pero si la política en su acción doble, estabilizante y creadora, no toma sus principios y sus puntos de orientación en las realidades sociológicas edificará en el aire y no hará nada trascendental para el futuro latinoamericano.

No obstante la importancia que el porvenir tiene para nuestro continente, casi toda la política latinoamericana no actúa más que en un ambiente de reglamento y de decreto. Las Constituyentes dan Cartas Magnas que son simples estatutos administrativos; ninguna refleja la menor misión histórica de la política. Entre nosotros este es el dato más auténtico de la decadencia de la democracia (1).

El humanismo actual (respétemos todavía este simpático y un poco retrasado término) es muy distinto del literario de aquellos viejos ejemplares Erasmo y Montaigne. De las lenguas y la literatura clásicas pasó a tener por centro la historia; y la historia como alma de la cultura humanística actual está siendo ya insuficiente. Porque la historia simple deja de lado o no concede importancia dentro de su ruta a los problemas de filosofía política, a las cuestiones económicas, a la lucha de clases, a la personería de la naturaleza y la ciencia en la confección del hom-

---

(1) Política transformadora de gran tono nacional y continental se ha visto aparecer últimamente con el Partido Aprista Peruano. Para el Perú esta iniciación tiene la más alta importancia.

bre social contemporáneo. La cultura humanística debe, pues, buscar otro eje más robusto y equidistante de todos los intereses de la humanidad de hoy. Por su mayor base científica y porque enfoca a la vez de un modo más integral muchos problemas espirituales la Sociología tendrá que ser muy pronto el centro de toda cultura.

A un conocimiento de la humanidad en lo que hizo y lo que fué tendrá que agregarse un conocimiento de lo que devendrá. La Sociología ofrece, pues, la ventaja de hacer posible la investigación del futuro y, por tanto, será con más propiedad que cualquiera otra una ciencia humanística.

La posición central de la Sociología para que se produzca desde ésta la explicación histórica del progreso de todas las ciencias y de su aplicación y la de las actividades idealistas del espíritu colectivo, le da una importancia innegable para cualquier currículum humanista no sólo de la universidad sino también de los últimos años de la enseñanza secundaria (1).

Sea que se entienda a la Sociología como una filosofía racional de las diversas ciencias sociales, o, realistamente, como el estudio de las instituciones y leyes de la sociabilidad y de las fuerzas que las modifican, impulsan o suprimen, su importancia en nuestra época eminentemente republicana y política queda descontada.

El conocimiento del hombre como actor en el proceso de la historia, que es materia de las humanidades, tiene que hacerse con más precisión y amplitud a través de una ciencia que considera al hombre más que como voluntad libre como impulso susceptible a todas las influencias espirituales y físicas. Es posible que la posición demasiado académica que en la actualidad tiene la Sociología por culpa de sus mismos tratadistas, sea la causa de su poca significación en el cuadro de las ciencias culturales. Sólo los sociólogos que la tratan desde la escuela psicológica han aproximado la Sociología al centro del devenir histórico y, por lo tanto, anunciado su importancia como ciencia humanística.

En lo normal la historia es la escena y cada zigzag de la vida de los personajes en la escena tiene su explicación, indudablemente materia de la historia; pero el sistema de todas ellas que germina y se alienta en lo oculto del alma colectiva eso con más propiedad y autoridad lo hace suyo la Sociología, y es su razón

---

(1) En los programas de enseñanza secundaria del Perú, figuraron hasta hace algunos años unas pocas horas de Sociología. Fueron suprimidas Dios sabe por qué razones. Pero aparece un curso de Geografía humana en segundo año.

de ser. Una cultura humanística tendrá por centro, pues, esa célula psíquica que es el hombre colectivo y que irradia sus intereses hacia todos los conocimientos del mundo natural y del mundo cultural. No de otro modo concibo lo que hoy día se llama todavía en educación humanidades. La consecuencia es que la Sociología debe ser una materia central en el planeamiento pedagógico de una enseñanza totalista de generalidades.

El estudio del hombre desde el punto de vista social en lo que es, lo que siente, y lo que hace debe ser lo elemental y por tanto lo indispensable en todo sistema moderno de educación. La historia es incapaz de darnos ese conocimiento, y si quisiera darlo desvirtuaría su naturaleza. Convengo en que la Sociología como nos la presentan sus clásicos de fines del siglo XIX y aun de hace pocos lustros, no ofrece las condiciones de vitalidad y riqueza de contenidos como para hacerla el alma de un currículum humanista. Pero esa ciencia de formas y fórmulas, que por exceso de pretensión no ha descubierto su propio camino, no es la que debe prevalecer. Hay, pues, que infundir sangre y dirección a la imagen estática para que escampe los caminos del hombre.—RAMIRO PÉREZ REINOSO.

Santiago, Julio de 1933.

## EL PROBLEMA DE LOS PAGOS INTERNACIONALES Y EL PLAN «HALLESINT»

**E**N un trabajo anterior, publicado en la revista ATENEA (*La medida del valor y la técnica financiera*), hemos expuesto cómo las crisis económicas sean provocadas por la irracional distribución de los capitales entre países y continentes, y entre las diferentes ramas de industria, cultivo, minería, transporte, crédito y comercio.

En efecto, analizando las leyes del valor, se llega a comprender cómo los precios estén determinados por las simultáneas e innumerables relaciones recíprocas entre todos los bienes que existen en el mercado mundial, y que por tanto el excesivo aumento en la producción de un solo artículo puede modificar todas estas relaciones recíprocas, determinando la caída de los precios. Para que el aumento en la producción de un determinado artículo no llegue a ser perjudicial, se necesita que su ritmo de producción aumente de una manera proporcional al de